

P02227
.L85
S.6



FONDO
A. B. PUBLICA DEL ESTADO

73506

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1022 MONTERREY, N.L.

LUIS XV.

CAPITULO PRIMERO.

Dos palabras de recuerdo acerca del joven rey. — Lo que pasó cuando murió el duque de Orleans. — Cómo Mr. de Borbon fué nombrado primer ministro. — Su origen. — Su retrato físico y moral. — La duquesa, madre del duque. — Sus canciones. — Mr. de Charolais. — El rey. — Etiqueta de Luis XV. — Rumores injuriosos al rey. — La moneda falsa de Mad. de Condé. — El alma de Duchaufour.

El sábado 15 de febrero de 1710 despertaron á Luis XIV á las siete de la mañana, esto es, una hora antes que de costumbre, porque la duquesa de Borgoña se sentía con dolores de parto.

Vistióse el rey de prisa y se trasladó á la habitacion de la duquesa. No tuvo que esperar Luis XIV en esta ocasion, ó esperó poco á lo menos.

A las ocho y tres minutos y tres segundos, dió á luz la duquesa de Borgoña un príncipe, á quien se dió el nombre de duque de Anjou.

El cardenal de Janson echó el agua del bautismo al recién nacido, que fué llevado en una silla de manos á las faldas de Mad. de Ventadour.

Mr. de Boufflers y ocho guardias de corps fueron escoltando la silla.

Al medio dia, Mr. de la Vrilliere le trajo el cordon azul, y toda la corte acudió á verle en aquel mismo dia.

Este niño que acababa de nacer, tenia ya un hermano primogénito que usaba el título de delfin; como hemos dicho, recibió el título de duque de Anjou.

Ambos niños cayeron enfermos con sarampion el 6 de mayo de 1711, de cuya ocurrencia se dió parte inmediatamente á Luis XIV. Los dos príncipes no habian recibido mas que el agua de socorro; y mandó el rey que al momento fuesen bautizados. Mad. de Ventadour quedó autorizada para tomar por padrinos y madrinas á las primeras personas que la viniesen á las manos; debiéndose poner á ambos príncipes el nombre de Luis.

Mad. de Ventadour tuvo en la pila al pequeño delfin con el conde de la Motte.

El duque de Anjou tuvo por padrino al marqués de Prie, y por madrina á Mad. de La Ferté.

El 8 de mayo murió el mayor de los dos niños, y entonces sucedió el duque de Anjou á su hermano, y tomó á su vez el título de delfin.

A la muerte de Luis XIV, fué Luis XV á Vincennes, de donde le vimos volver á Paris para celebrar el acto de justicia que anulaba el testamento de su abuelo, y hacia regente al duque de Orleans. Hemos dicho los principios que le daba Mr. de Villeroy, su ayo, su amistad á Mr. de Fleury, su preceptor; su antipatía á Dubois; hemos referido los temores de la Francia, y la ansiedad del duque de Orleans, cuando una nueva enfermedad le condujo á la puerta del sepulcro: y hemos contado, en fin, como la firmeza de Helvecio le salvó la vida.

En seguida asistimos á la declaracion de su mayoría, despues á su coronacion, y últimamente al nombra-

miento del duque de Orleans como primer ministro despues de la muerte de Dubois. En fin, á la muerte de este último, atacado de apoplejía en los brazos de Mad. de Phalaris, el 2 de diciembre de 1723. La Vrilliere, hijo de Chateaufort, secretario de estado bajo Luis XIV, el mismo que habia escandalizado tanto á la señorita de Mailly, su mujer, cuando ella supo que solamente se casaba con un simple particular; La Vrilliere, que habia llegado á ser secretario del consejo de regencia, fué el primero que supo la muerte del duque de Orleans.

Inmediatamente se dirigió al cuarto del rey, despues al de Mr. Frejus, y por último, á casa del duque de Borbon, y pensando que este príncipe podria heredar los títulos de primer ministro, se dió prisa á extender á todo evento el nombramiento, tomando por modelo el del duque de Orleans.

El obispo de Frejus habria podido desde luego apoderarse del ministerio; aconsejábanselo sus amigos, y acaso él mismo pensó un instante en ello. Pero Mr. de Frejus era un hombre dotado de paciencia y de ambicion, reunion rara y que hace que los hombres políticos que la poseen sean tan dificiles de derrocar. Por otra parte, él sabia contentarse con la realidad del poder, dejando á los demás las apariencias; cosa rara todavía. Él creyó que aun no debia manifestar el deseo que mas adelante realizó, y fué el primero en declararse por el duque de Borbon, cuya profunda incapacidad conocia perfectamente.

Sabida la muerte del príncipe, se dirigieron todos los cortesanos á palacio, precedidos del duque.

Luis XV estaba muy triste; y en sus ojos encarnados y húmedos, se echaba de ver que habia llorado.

Apenas se cerró la puerta despues de haber entrado

el duque y los cortesanos, cuando el obispo de Frejus dijo en alta voz al rey : que atendida la gran pérdida que sufría con motivo de la muerte del duque de Orleans, cuyo elogio se encontró hecho en dos palabras, nada mas acertado podia hacer S. M. que suplicar al duque, que allí se hallaba presente, tuviese á bien encargarse del peso de todos los negocios, y aceptar el cargo de primer ministro que acababa de vacar por fallecimiento del duque de Orleans.

El rey miró al señor duque de Frejus, como para leer en sus ojos; despues echando de ver que sus ojos estaban de acuerdo con sus palabras, hizo con la cabeza un movimiento aprobando la propuesta.

Inmediatamente dió el duque las gracias al rey. En cuanto á La Vrilliere, trasportado de alegría por el pronto resultado de este gran negocio, sacó de su faltriquera el juramento de primer ministro, copiado por el del duque de Orleans, y propuso en alta voz á Mr. de Frejus que se lo hiciese prestar en el acto.

Mr. de Frejus volviéndose hácia el rey, le dijo que era cosa muy conveniente, y el duque prestó el juramento acto continuo. No bien se hubo evacuado la ceremonia, cuando salió el duque del gabinete. Seguíale la multitud, de modo que una hora despues de la muerte del duque de Orleans y antes que su hijo, que estaba en casa de su querida en París, hubiese tenido noticia del acontecimiento, todo se habia concluido.

Consagremos algunas líneas al príncipe á quien La Vrilliere y Fleury acababan de dar de un modo tan repentino la herencia del duque de Orleans.

Era hijo de Luis de Borbon Condé, á cuyo padre habia dado Luis XIV en 1660 el ducado de Borbon, en cambio del de Albret.

Su madre era aquella espiritual señorita de Nantes,

hija de Luis XIV y de Mad. de Montespan, heredera tambien del talento de los Montmart. Ya hemos dicho dos palabras de las canciones sorprendentes que improvisaba, y ya volveremos á tratar de ella y de sus canciones.

Tenia el duque en la época de que vamos hablando, treinta y un años cumplidos. Era alto y delgado como alma de vizcaino; era cargado de espaldas como un jorobado, tenia las piernas largas y delgadas como de cigüeña, las mejillas hundidas, los labios gruesos y la barba tan caprichosamente puntiaguda que se habria creído, segun decia la duquesa su madre, que la naturaleza le habia dado aquella barba para agarrarle por ella.

Así pues, como hay un proverbio que dice : que basta que haya algun defecto para agarrarse á él, el señor duque de Borbon, que tenia ya, segun queda dicho, un defecto muy grave en la cara, habia adquirido una nueva deformidad.

Un dia de invierno le convidaron el señor delfin y Mr. de Berry á echar una batida con ellos. Era justamente lunes 30 de enero, y helaba mucho; quiso la casualidad que Mr. de Berry se hallase al extremo de un gran charco de agua helada, al paso que el señor duque se hallaba en la parte opuesta, cuando salió una pieza que tiró Mr. de Berry, pero como un grano de plomo resbaló sobre el hielo, fué á dar en un ojo al señor duque, dejándosele saltado.

El señor duque se resignó bastante con esta desgracia, pero Mr. de Berry jamás pudo consolarse de haber sido autor de esta desgracia involuntaria de que siempre se mostró afligido.

Cuando el príncipe fué nombrado primer ministro, sacaron partido los cópleros de la desgracia que le habia

ocurrido, y cantaron canciones improvisadas alusivas á la falta de su ojo, y al de cristal que se habia colocado en su lugar, las que expresaban que con este último era con el que examinaba la justicia de los negocios que tenia que decidir, mientras que el natural lo empleaba con sumo cuidado para no poder engañarse en lo relativo al acrecentamiento de sus intereses.

Lo dicho se refiere al físico del señor duque; en cuanto á lo moral, era un hombre cortés, que sabia vivir, que tenia grandeza, poco talento é instruccion, pero mucha política y avaricia. Habia ganado de cuenta y mitad con su madre, que vivia públicamente con Lassé, mas de 250 millones.

Mostrando un dia un paquete de acciones del Misisipi á Brancas, cuya codicia creia excitar de este modo: Monseñor, le dijo este, una de las acciones de vuestro abuelo vale mas que todas esas.

El abuelo de quien se trataba era el gran Condé.

El señor duque era muy apasionado, y habia estado loco perdido por Mad. Nesle, que puso en su lugar al príncipe de Soubise, de cuyas resultas se puso desesperado en términos de que llegaron los rumores á oídos del nuevo amante.

¿De qué diablos se queja el señor de Borbon, dijo el príncipe de Soubise, puesto que he dado licencia á Mad. de Nesle que duerma con él cuando se le antoje?

No consoló este permiso al señor duque, y fué necesario todo el amor que le inspiró Mad. de Prie para que olvidase el que le habia inspirado Mad. de Nesle.

El duque de Borbon estaba casado por autoridad de Luis XIV, quien dispuso un dia el matrimonio del susodicho con la señorita de Conti, y el de Mr. de Conti con la hija primogénita de la señora duquesa: fué vivísima la oposicion de ambas partes, pero inútil, porque harto

sabido es que cuando Luis XIV queria una cosa, la queria de veras. Mandó como árbitro soberano, y Mad. de Conti, lo mismo que la duquesa, no tuvieron mas recurso que bajar la cabeza, y someterse al real mandato. Sin embargo, le costó al rey la cantidad de 500,000 libras, 150,000 que dió á cada uno de los príncipes, y 100,000 á cada princesa.

Antes de la union de sus respectivos hijos, se aborrecian ambas princesas; mas despues de haberse verificado llegaron á execrarse.

Algunas canciones de la señora duquesa en contestacion á algunos insultos de la señora princesa de Conti, dan testimonio de este odio.

La señora duquesa se embriagaba; esta era una costumbre adoptada por las princesas de la corte de Luis XIV. Mad. de Conti la llamaba *Pellejo de vino*.

Madama la duquesa contestó con su respuesta acostumbrada, esto es, con una cancion, en la que usando de la mordacidad acostumbrada, le preguntaba á la de Conti, porqué la tomaba con ella cuando no le habia quitado ninguno de los guardias del rey que le servian de amantes: que no valia tanto como el vino que ella bebia la bajeza de sus inclinaciones; y añadia que su carácter se habia hecho insufrible á medida que la vejez le habia hecho perder el mérito, y que le hacian todos ya poco caso por lo raso que se habia quedado su pecho, diciéndole además, que los desprecios que habia sufrido de Cominges y Clermont, debian hacerla ya mas modesta.

Además, para devolver á su prima el cumplimiento completo, le habia puesto el nombre de *Saco de andrajos*.

Inútil es decir que Cominges habia dejado á Mad. de Conti, la cual puso á Clermont en su lugar.

Por lo demás, la duquesa era conocida por esto cancionero, y este estro que hacia las delicias de Luis XIV, era el terror de cuantos rodeaban á la señora duquesa. Cada cual tenia en la corte su cancion; Dangeau tenia la suya, Mr. de Beauveau tenia otra, la misma Mad. de Montespan tenia la suya particular que concluia con un extraño refran que la insultaba y humillaba por su situacion como querida del rey.

No era menos lógica la de Mr. de Beauveau, porque ha de advertirse que las canciones de la señora duquesa brillan por su rigurosa lógica, y que llevaba hasta el último extremo las deducciones.

En la copla de Mr. de Beauveau, haciendo un calembourg de su nombre, que significa *Hermosa ternera* comparándolo con Deveau, que significa ternera solamente, expresaba que si Deveau fuera mas bonito y Beauveau no lo fuera tanto, este nada seria, mientras el otro pudiera ser el becerro de oro.

Por lo demás, pretendia siempre la princesa Palatina que la señora duquesa no era hija de Luis XIV, sino del señor mariscal de Noailles, y ella aseguraba que lo sabia por un brigadier de guardias de corps, llamado Beltendorf, que estando de guardia en Versalles, habia visto entrar á Mr. de Noailles en casa de Mad. de Montespan.

Habiendo entrado por la tarde Mr. de Noailles no salió hasta por la mañana del dia siguiente, y nueve meses despues, dia por dia, decia siempre la princesa Palatina, parió Mad. de Montespan á la duquesa.

En la época en que estamos, los amores de las princesas eran los siguientes:

La duquesa de Borbon, despreciada por su marido, que vivia públicamente con Mad. de Prie, se consolaba por su parte con Duchayla.

La princesa de Conti, hija del rey, aunque medio devota, vivia con su sobrino La Valliere.

La jóven princesa de Conti, á pesar de los celos y amenazas de su marido, se componia á medias con La Fare y con Clermont.

La señorita de Charolais perseguia al duque de Richelieu hasta en la Bastilla.

La señorita de Clermont era la querida del duque de Melun; la señorita de La Roche-sur-Yon, tenia una especie de pasion por Mr. de Marton.

En fin, Mad. de Maine, desde la conspiracion Cellamare, honraba con sus favores al lindo cardenal de Polignac.

Ahora, antes de entregarnos al curso de los acontecimientos, diremos cuatro palabras acerca de los príncipes, á fin de que nuestros lectores queden tan enterados como es posible de la crónica escandalosa del año de gracia 1724, en que acabamos de entrar.

Hemos dicho del señor duque todo cuanto habia que decir, sobre poco mas ó menos, en cuanto á lo pasado.

Al principio de nuestro libro de la Regencia, consagramos un capitulo entero al señor príncipe de Conti.

Ahora casi no tenemos de que ocuparnos mas que del famoso conde de Charolais, que mandó dar de puñaladas á uno de sus lacayos, porque su mujer no quiso ceder, y que mataba á escopetazos á los albañiles que cubrian los tejados, para tener el gusto de ver cómo rodaba un hombre desde lo alto á la calle.

Sabido es el dicho de Luis XV, con motivo de una chanza por este estilo.

— Por esta última vez os perdono, caballero, dijo al conde de Charolais; pero os empeño mi real palabra que el que os mate tambien gozará la misma ventaja.

El último atentado del conde de Charolais habia te-

nido por cómplice á este mismo duque que acababa de ser nombrado primer ministro. Una mujer encantadora, llamada Mad. de San Sulpicio, fué la víctima. Una tarde, durante una bacanal, en que consintió, la embriagaron; y para que no faltase nada en la función, quemaron unos fuegos artificiales de cuyas resultas tuvo mucho que padecer la pobre mujer.

Una canción salió en aquel tiempo, que corrió por París, contra el duque de Borbon, al que se le decía en ella que en nada se parecía al gran Condé; porque á los treinta años de edad no había jamás visto el fuego, sino en la brecha de San Sulpicio; aludiendo á que se había prendido fuego á propósito con un petardo por diversión ó pasatiempo de un descendiente de los Condés al frontispicio de una cortesana muy bella, llamada la señora de San Sulpicio, la que tuvo bastante que padecer por la ridícula diversión del duque.

En cuanto al jóven rey, que acababa de entrar en la mayoría, apenas aparentaba saber que era rey de Francia. Era tímido hasta el extremo de parecer desgarbado; reservado hasta llegar á ser descortés: el único placer que al parecer amaba apasionadamente era la caza; y la noche inmediata al día en que había una de estas partidas, había cena á que asistían, no todos los cazadores, sino aquellos que aparecían convidados por una lista, que se leía al regreso del rey delante de todos los cortesanos, quedándose los convidados y retirándose los que no lo estaban. Uno de los caprichos de Luis XV, era el de dejar vacilantes á las personas cuanto mas tiempo podía, complaciéndose en su inquietud y perplejidad.

El rey agregaba á la etiqueta de su abuelo, que había heredado, la distinción de diferentes entradas en sus aposentos. Estas eran las *entradas familiares*, las *gran-*

des entradas, las *primeras entradas* y las *entradas de la cámara*.

El que tenía las *entradas familiares*, iba hasta la cama del rey hallándose acostado y despierto. Todos los príncipes de la sangre, excepto Mr. de Conti, tenían esta prerrogativa, de que disfrutaban el obispo de Frejus, el duque de Charost, Mad. de Ventadour y la nodriza del rey.

Los primeros gentiles hombres tenían las *entradas de la cámara* cuando el rey quería levantarse.

En las *primeras entradas*, se admitían á las personas únicamente para hacer la corte al rey cuando estaba levantado y con bata.

En fin, los cortesanos presentados tenían la *entrada de la cámara*, cuando el rey estaba sentado en su sillón, frente á su tocador.

Por la noche, estas diversas entradas eran iguales en prerrogativas al acostarse el rey; solamente que los que se hallaban en la *cámara* tenían que salir cuando se decía en alta voz: SALID, SEÑORES. Entonces, habiendo salido de la cámara, el rey daba la palmatoria á uno de ellos.

Este era un gran favor, y el que lo había logrado, no dejaba de correr al día siguiente toda la ciudad publicando á gritos:

— ¿Saben Vds. que el rey me ha dado la palmatoria? Este favor que recibía mas particularmente que otros, el apuesto La Tremouille dió margen á ciertos rumores, á que prestaba cierta consistencia su timidez con las mujeres.

« En la corte, dice el mariscal de Villars, no se trata de otra cosa que de caza, juego y buena mesa; poco ó nada de galantería, porque el rey no ha fijado aun sus bellos ojos sobre objeto alguno. — Todas las damas

están dispuestas; pero puede decirse que el rey no lo está. »

Estos rumores llegaron á oídos del señor de Fleury que para preservar la reputacion de su discípulo, bajo este concepto, hizo practicar las mas prolijas diligencias contra los sospechosos de semejante vicio, á que se decia que el rey se mostraba inclinado. Con este motivo se formó causa pública contra un acusado llamado Duchauffour, que fué condenado á ser quemado en la plaza de Greve.

Causó mucho ruido la sentencia y el suplicio del delincuente que la mandó publicar en alta voz por las calles de París: de manera que para castigar un escándalo se causaba otro. Los pregoneros entraban hasta en los patios de las casas grandes y palacios. — También penetraron en el de Mad. de Condé.

— Madre mia, le preguntó su hija, ¿qué delito ha cometido ese hombre que están quemando en la plaza de Greve?

— Señorita, respondió la princesa: ha hecho moneda falsa.

La noche misma del dia del suplicio, se quejaba el rey de la obstinada comezon que experimentaba en cierta parte en que no es decente rascarse delante de gentes, y se proponia preguntar á su médico lo que esto queria decir.

— Sire, le respondió el príncipe de Conti: es el alma de ese pobre Duchauffour que os pide vuestras oraciones.

CAPITULO II.

La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Muere Inocencio XIII. — Enfermedad del rey. — Adopta el duque la resolucion de casarle. — Vuelta de la infanta. — Se busca una mujer al rey. — Mad. de Prie. — Su influencia. — Los hermanos París. — La señorita de Vermandois. — María Leczińska. — El conde de Estrées. — Casamiento del rey. — Amenazas de escasez. — Intriguilla de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie contra Mr. de Frejus. — Caída de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie. — Mad. de Prie desterrada. — Cae enferma. — Muere. — El marqués de Prie.

Mientras que todo el mundo á cual mas podia se divertia en la corte de Francia, se fastidiaba sobradamente en la de España.

Felipe V, este rey á quien no le hacia falta mas que un reclinatorio y una mujer, segun decia Mr. de Alberoni, habia acabado por cansarse de los dos objetos que acabamos de citar, que le unian al mundo; sombrío, taciturno, haciendo por toda diversion algunas visitas á las tumbas del Escorial; deseaba, el que habia costado á la Francia veinte y cinco años de guerra para mantenerle en el trono, la calma, el reposo y las oraciones del claustro: en fin, el 15 de enero de 1724, cediendo al atractivo de la vida religiosa que le atormentaba hacia ya mucho tiempo, abdicó su corona en don Luis, príncipe de Asturias, y se retiró á su palacio de San Ildefonso, sombrío monumento que nada tenia que envidiar al claustro mas severo.

Mientras que Felipe V se retiraba momentáneamente

del mundo, el papa Inocencio XIII salió de él para siempre, despues de tres años de pontificado; era un excelente hombre que se hallaba constantemente atormentado por la simonía de que se habia hecho reo en el momento de su exaltacion á la cátedra de San Pedro; es verdad que para espiar el capelo que habia dado á Dubois, lo habia negado constantemente á su digno discípulo Tencin, pero esta reparacion á la vista de la moral religiosa no habia podido restituir la calma á su conciencia, y estaba muy atormentado por la idea de que abriendo él las puertas del cielo á los otros, podria quedarse tristemente á la entrada del paraíso.

El 28 de mayo, Vicente María Orsini fué elegido papa, poniéndose el nombre de Benedicto XIII.

Diez dias antes, la famosa Catalina, la huérfana que un pastor luterano habia criado por caridad, la prisionera que Tcheremetof habia hecho en la toma de Mariemburgo, esta mujer de un soldado sueco que desapareció sin que jamás se haya vuelto á saber de él; esta esclava del favorito Menzikoff, esta querida de Pedro I, que vimos visitar á Paris en los últimos tiempos de la regencia, habia sido coronada emperatriz de todas las Rusias.

Tales eran los principales acontecimientos de la Europa, cuando el rey Luis XV que gozaba de una débil salud, cayó otra vez enfermo.

El mal se presentó como la primera vez con síntomas peligrosos, hizo rápidos progresos, pero cedió á dos sangrias. Durante tres dias se temió por su vida.

Pero el hombre que habia experimentado las mas vivas angustias durante esta enfermedad, era el duque, no porque tuviese que temer como el regente de que le acusasen de envenenamiento, y por consiguiente ver perecer su honor al mismo tiempo que el rey; pero con

el rey concluia su poder, y el duque estimaba en mucho ser primer ministro.

Así es que una noche, creyendo el duque (que dormia debajo del cuarto del rey) oir mas ruido y movimiento que de costumbre, se levantó precipitadamente en bata y subió al aposento del rey.

A semejante aparicion, fué grande la sorpresa de Marechal, primer cirujano que dormia en la antecámara, quien levantándose salió á recibir al príncipe, preguntándole cuál fuese el motivo de su susto; pero no obtuvo por respuesta mas que palabras entrecortadas y semejantes á las que profiriese un loco: *He oido ruido, el rey está enfermo!*; *Qué será de mí!* exclamaba el duque fuera de sí. En fin, Marechal logró tranquilizarle; pero era tan profunda la impresion, que Marechal que acompañaba al duque despidiéndole, oyó que se decia á sí mismo: *no me volverán á pillar, y si se restablece yo lo casaré.*

En efecto, es necesario tener presente que la futura esposa de Luis XIV tenia ocho años, lo que diferia el matrimonio del rey seis años á lo menos. En siete ú ocho años solamente podria el rey tener un hijo. Así, pues, en caso de muerte del rey, era necesario un delfin para que la corona no pasase al duque de Orleans, y que el duque permaneciese en el poder.

Desde entonces, el regreso de la infanta fué negocio concluido en el ánimo del duque, y el 5 de abril de 1725 se llevó á cabo esta gran resolucion.

La infanta encontró á Felipe V en el trono que momentáneamente habia dejado, pero que la muerte del rey su hijo, á los ocho meses de reinado, le obligó á ocupar nuevamente. Luego, como el matrimonio de la infanta con el rey Luis XV habia sido uno de los sueños cuya realizacion habia alimentado con la mayor alegría,

Felipe V recibió como un grande insulto este retorno, y á su vez volvió á Francia la reina viuda de Luis I, y á Mdle. de Beaujolais, su hermana, destinada al infante don Carlos.

Pero no consistia todo en haber dejado libre al rey con la devolucion de la infanta, era necesario reemplazarla con alguna jóven. El duque echó una mirada sobre la Francia y sobre la Europa, para buscar una princesa que cuanto antes pudiese ser mujer del rey.

Sus miras se dirigieron primeramente á Mdle. de Vermandois, su hermana. Por este medio llegaba á ser cuñado del rey, y en caso de regencia hallaba su ambicion un nuevo apoyo en la viuda del rey.

El duque consultó á Mad. de Prie, sin cuyo parecer nada importante hacia, y esta dama se decidió por Mdle. de Vermandois.

Acabamos de decir cuál era la influencia de Mad. de Prie; digamos ahora de qué modo la habia adquirido.

A principios del siglo cuya historia escribimos, habia una hostería al pié de los Alpes, la cual habitaba un hostelero llamado Páris, y cuatro mozos robustos y bienhechores que le ayudaban á servir á los pasajeros.

En el año de 1710, buscando un proveedor algun camino practicable en la montaña para conducir inmediatamente viveres al ejército del duque de Vandome en Italia, que escaseaba mucho de ellos, se detuvo en la tal hostería de Páris, á quien comunicó el aprieto en que se hallaba. Este se ofreció á sacarle de apuros con la ayuda de sus cuatro hijos, que conocian todos los pasos de los Alpes.

Gracias á ellos, cumplió la palabra que habia dado. Los cuatro montañeses llegaron sin dificultad al ejército de Italia, con el convoy que habian dirigido, y fueron presentados al duque de Vandome, que los colocó á

todos cuatro en el ramo de provisiones. Desde este momento caminaron hácia la fortuna que su inteligencia les habia mostrado siempre en perspectiva.

Quiso la suerte que además de esta proteccion del duque de Vandome, adquiriesen aun la de la señora duquesa de Borgoña. Habiéndose quedado enferma en la hostería una doncella de la servidumbre de la duquesa, fué asistida con el mayor esmero; y habiéndose restablecido fué á París á reunirse con su señora, á quien contó el buen trato que habia recibido. Desde entonces la duquesa de Borgoña se constituyó protectora de los hermanos Páris.

En 1722 su fortuna era ya considerable, pues que el mayor de ellos era uno de los guardias del tesoro real...

Habia algun tiempo además que Mad. de Prie, previendo la llegada del duque al manejo de los negocios, habia puesto los ojos en los hermanos Páris, en quienes habia descubierto agilidad, ambicion y deseos de adelantarse sin reparar en los medios.

Así es que desde que el duque obtuvo la sucesion del duque de Orleans, se creó un consejo con los cuatro hermanos, y los presentó en casa del duque.

Este tenia ya una alta idea de lo que valia su querida, que como ya queda dicho, era una mujer de gran talento. El consejo de los Páris cambió la estimacion del duque por Mad. de Prie en verdadera admiracion.

Antes de presentar proyecto alguno al príncipe se discutia con ella; se cuidaba expresamente de dejar alguna rectificacion que hacer sobre este proyecto, que fuera muy superior á la capacidad del príncipe para que no la echase de ver. Entonces esta rectificacion, indicada anticipadamente por los cuatro hermanos á Mad. de Prie, su protectora, le hacia sobresalir. Los

Páris ponderaban el talento innato que hacia de madama de Prie una mujer política, exageraban la fortuna que tenia el duque en ser aconsejado por semejante Egeria; y el señor duque por su parte se daba el parabien de hallar en su querida una superioridad que ni aun habia sospechado en ninguna mujer.

De esta manera habia llegado Mad. de Prie á adquirir aquella enorme influencia que tenia sobre el duque.

Así es que los poetas satíricos no dejaron escapar la ocasion de lanzar pullas al duque, á Mad. de Prie y al consejo de los Páris. Se vendian por todo París unos versos en que se tachaba al duque de Borbon de debilidad é ignorancia, y en los que refiriéndose á su cualidad de tuerto, se decia que no podia verse y gobernarse un país como la Francia con solo un ojo.

Se consultó con la marquesa, segun dejamos dicho, el matrimonio del rey con la hermana del duque, y se habia decidido que Mdlle. de Vermandois fuese reina de Francia.

Al decidirse Mad. de Prie por Mdlle. de Vermandois, llevaba la mira de que una reina hechura suya no pudiese negarle cosa alguna; pero á la primera entrevista que la marquesa tuvo con la princesa adquirió la certidumbre de que no tenia que pensar en tener sobre la hermana la décima parte de la influencia que tenia sobre el hermano. Así es que al separarse de ella, lo hizo jurando allá en sus adentros, que Mdlle. de Vermandois no seria reina de Francia.

La cosa no era difícil para Mad. de Prie, quien hizo al duque la observacion, que ella misma no habia hecho en un principio; y es que casando á su hermana con el rey, quedaba él absolutamente bajo la dependencia de su hermana y de su madre. El carácter absoluto de estas dos mujeres era por lo demás harto cono-

cido del príncipe, y por lo tanto no tuvo que emplear mucho trabajo, á pesar del honor que debia resultarle, en hacer desistir al duque de esta ilustre alianza.

Momentáneamente dirigió el primer ministro sus miradas á la Rusia. Al primer rumor del retorno de la infanta, habia escrito el príncipe Kourakin esta noticia á la czarina que acababa de suceder á su marido, muerto como mueren los czares. El 8 de febrero de 1725, ofreció la czarina á su hija Isabel para reemplazar á la infanta; pero el duque quiso hacer una obligacion de su nombramiento al trono de Polonia por muerte del rey Augusto, y se levantó mano de está negociacion.

Entonces fué cuando Mad. de Prie puso los ojos en María Leczinska, hija de Estanislao Leczinski, rey de Polonia destronado y retirado en Wissemburgo, en la Alsacia.

Vamos á manifestar cómo se introdujo en la cabeza de la marquesa esta idea de casar á Luis XV con la hija de un rey proscripto.

Un año antes poco mas ó menos de la época á que hemos llegado, se habia casado el señor duque Luis de Orleans con la princesa de Baden: su representante en todas las negociaciones que precedieron á esta union y que duraron mucho tiempo, era el conde de Argenson, hijo segundo de Mr. de Argenson, que habia sido lugarteniente de policia y guarda-sellos.

El conde de Argenson habia visto en Strasburgo al rey Estanislao y á su hija, y á su vuelta á Versalles habia hecho el mayor elogio de la jóven princesa, cuyo nombre habia penetrado así en medio de los graves acontecimientos que ocupaban á la corte de Francia.

Entretanto llegó á Versalles el conde de Estrées, que era oficial en uno de los regimientos que se enviaron á Wissemburgo para hacer los honores al rey Estanislao.